



si no en los individuos, á lo menos en las naciones," hasta Tits William, que declaraba imposible una perfecta sociedad que no estuviera cimentada en la Religión. Volúmenes podrían formarse con las declaraciones de todos los sabios, respecto de la necesidad de la Religión para la existencia de la sociedad. No hay duda: en lo antiguo y en lo moderno, todos cuantos han merecido verdaderamente el título de sabios, dan la mano á nuestro BRICEÑO, y proclaman á una sola voz que lo que éste sostuvo es la verdad. Pero tú, ¡oh ilustre BRICEÑO! tienes un mérito particular, en haber expuesto, sostenido y probado este principio; y es que tú lo hiciste en un siglo increíble, cuando la atmósfera estaba saturada de sarcasmo contra toda idea sobrenatural, cuando esta profesión debía atraerte odio y persecución: y sin embargo, firme en tus principios, te levantaste,—y, nuevo Horacio Cocles, te dispusiste á defender tú sólo la entrada de Roma contra todo el ejército de Porsena,—y miraste con santo desdén las mofas de los destructores de la Religión diciéndoles: "no es con risas como se abate un edificio que tiene 19 siglos de existencia!" Sin embargo, créedme; esto no es todavía lo que, para la Iglesia, forma la mayor gloria del ilustre General BRICEÑO. En la sociedad no faltan hombres que sólo tienen para la Religión palabras de encomio, y que aunque la juzgan necesaria, indispensable, para el bien de los pueblos, desgraciadamente allí se quedan, sin dar un paso más adelante. Pero BRICEÑO, es con las obras, es con su conducta, como se muestra cristiano. Él es hombre de fe; las alabanzas con que él ensalza la Religión, no son sino el fruto de una convicción profunda, de una voluntad decidida; son el reflejo de sus obras: en una palabra, él no es de aquellos cristianos que dicen: "Señor, Señor," sino de aquellos que cumplen con la voluntad del Padre que está en los cielos. ¡Cuántos hay, hijos míos muy amados, que aseguran ser católicos sinceros, pero no hacen caso de lo que manda la Iglesia, Maestra infalible de verdad! ¡Ay! la reconocen como Madre, pero le niegan una filial sumisión y obediencia. La Iglesia los llama al Santo Sacrificio en los días festivos, pero el banco de los negocios los entretiene. El Sacerdote de Dios se cansa, inútilmente, en la Cuaresma, de llamarlos á una humilde confesión: en vano les recuerda al Cordero inmaculado que, escondido bajo las especies sacramentales, anhela entrar en sus corazones, para llenarlos de Fe y de Caridad! Ah! Dios mío: ¡qué aflicción para un Pastor que ama á sus ovejas! Por eso, mi alma rebosa de satisfacción, se llena de entusiasmo y respeto, delante de este noble varón, delante de un BRICEÑO: por esto, y muy particularmente por esto, no he vacilado en abrir mi boca, para hacer, aunque pobremente, un elogio; sí, porque tu conducta, ¡oh ilustre General! fué la de un verdadero cristiano. ¡Miradlo con qué compunción asiste al Sacrificio incurrente; miradlo con qué humildad se postra á los pies de un confesor; con qué entusiasmo y fervor se acerca á la mesa de los Angeles! Oh! él lleva su frente elevada, y dice con San Pablo: "No quiero gloriarme en otra cosa sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo; non erubescio Evangelium: no tengo vergüenza de profesar el Evangelio;" y si por acaso esto le atrae críticas y sinsabores, le sucede lo mismo que á los Apóstoles que salían del Sanhedrín, *gaudentes*, llenos de gozo, por haber sido reputados dignos de sufrir por el nombre de Cristo. Que otros, pues, ensalcen en BRICEÑO el noble ingenio, su profunda erudición, su pericia militar, su valor á toda prueba: bien lo merece; pero para mí, no hay gloria mayor que la de haberse manifestado, de palabras y de obras, verdadero cristiano; y esto, esto sólo, es lo que, en la inmensa desgracia que sufrimos, nos da fortaleza y consuelo, pues sabemos que son bienaventurados los que mueren en el Señor, y que, aunque parezcan morir á los

ojos de los hombres, ellos están sin embargo en la paz y en el gozo eterno. Sí, BRICEÑO; tú vives en el Cielo: allá te abrazaremos de nuevo, para nunca separarnos: hé aquí nuestra esperanza; hé aquí nuestro consuelo. Oh! ¡afortunada aquella tierra que puede numerar entre sus hijos á muchos como tú, pues el buen olor de las obras se esperece por doquiera, y fecundiza en el corazón humano los principios de Religión y de moralidad! Me han asegurado testigos oculares, que se les llenaba el corazón de júbilo, al ver el buen comportamiento de las valerosas tropas nacionales, su recogimiento y su piedad en la iglesia, y la devoción con que se acercaban á los Sacramentos. Ah! he dicho yo: "¡hé aquí el efecto del buen ejemplo de los jefes! ¡Que Dios los bendiga, los proteja y los conserve!"

Ah! Colombia, patria mía adoptiva! ¡cuánto deseo tu prosperidad y dicha! ¡Con cuánto gusto daría yo mi vida por verte feliz, pero al mismo tiempo verdadera y decididamente cristiana! Sí, cristiana, porque BRICEÑO lo ha declarado: "no hay sociedad que pueda ser feliz, si no estriba en la Religión;" y todo el mundo, desde el Oriente hasta el Occidente, del Norte al Mediodía, todos contestan: "así es en realidad." En muchas de las necrologías que he leído en estos días, en las cuales se tributaron merecidos elogios á BRICEÑO, he observado con placer que se ha repetido este mismo pensamiento: *nosotros seguiremos tus pisadas*. Bien; sed fieles á vuestras promesas,—pero atended bien, que no podréis decir que seguís las pisadas de BRICEÑO, sino cuando, con un esfuerzo generoso, digáis: *somos cristianos católicos*, y no de palabra, sino de obra; cumpliendo con lo que nuestra Santa Religión nos impone, y seguros de que ella no nos impone otro deber que el de ser hombres de honor y cristianos. La Iglesia no tiene bandera política: ella se acomoda á toda clase de gobierno, con tal que sus hijos no tengan vergüenza de llevar la Cruz de Jesucristo, y de amarla á ella y obedecerla, como un hijo ama y obedece á su madre. ¡Oh sombra grata y benigna de BRICEÑO! si tu noble ejemplo produjera esta victoria en el corazón de tus compatriotas, yo estoy seguro de que tú la apreciarías en más que todas las victorias que hubieras podido conseguir en los campos de batalla! Sí, porque esta victoria cristiana conduciría, sin duda, á la unión de los ánimos, á la perfecta Caridad, á la concordia y á la paz; y con ésta, verías á tu patria próspera y feliz,—lo cual fué siempre ideal y tu esperanza. Ah! yo estoy seguro de que el último suspiro en esta vida mortal, fué un deseo de paz y tranquilidad para tu patria; yo no dudo que tú ofreciste tu vida al Altísimo, como holocausto para que Él se apiadara de sus compatriotas, y los uniera, y los amoldara en un corazón solo, y borrara para siempre las divisiones que los concluyen y aniquilan. En fin, tú has querido que tus restos durmieran á la sombra de la ciudad heroica. Leed sus palabras: "Sólo una cosa os pido: Que mi cadáver sea trasladado á Cartagena y sepultado en su hospitalario suelo. Quiero que ella vea que mi último suspiro le ha sido dedicado como una prueba del entrañable amor que há tiempo le profeso y de las aspiraciones de mi alma que la admira."

Ah BRICEÑO! este voto de tu corazón enterneció el nuestro, hasta arrancarnos lágrimas. Sí, aquí reposarán, y nosotros tendremos orgullo en poseerlos, y velaremos sobre su tumba, como sobre la tumba de un padre. Por mi parte, si Dios no me concede unirme pronto contigo, te prometo ofrecer, cada año, en este día, el Santo Sacrificio del Altar, para el descanso de tu alma, para el consuelo de tu noble familia, para que Dios derrame sobre ella todas las bendiciones que tú le deseas,—y por esta patria querida, que ansia ver cumplidos tus votos, y establecido en ella el imperio de la Concordia, de la Paz y de la Religión.—AMÉN.

MANUEL BRICEÑO.

DE FOTOGRAFÍA TOMADA EN MEDILLÍN.



*Manuel Briceño*